

EN UN TRIÁNGULO DE AUSENCIAS. Diputación de Cáceres, Col. Abezetario (letra S), 2004. Hilario Jiménez Gómez

Flanqueado por citas del Miguel Hernández del *Cancionero y romancero de ausencias* y del García Lorca de *Poeta en Nueva York*, y sembrado de otras muchas –de Hierro a Alberti, pasando por una excelente de Pavese que da tono y brújula al libro (“Vendrá la muerte y tendrá tus ojos”), este *Triángulo de ausencias* del joven poeta Hilario Jiménez Gómez es un maduro libro primerizo (sin que en la calificación haya contradicción, sino el grato asombro de un fruto maduro en el árbol que es todavía casi esqueje).

Por encima del “dolorido sentir” que sosegadamente rezuma el poemario, en donde hay el regusto acibarado de lo que siendo amoroso se ha de tornar, muy a nuestro pesar, elegíaco, destaca algo que honra al volumen y a su autor, el preciso diseño constructivo de este libro desde el mismo título, que es todo un emblema en tres frentes desplegado: se declara un estado de ánimo (el hueco doloroso que es siempre la ausencia de algo o de alguien), un contenido que lo articula, con un léxico que lo va marcando poema a poema, y –por supuesto– una estructura en tríptico que ya viene predeterminada, exigida diría mejor, desde la figura geométrica que, como eficaz metáfora, lo preside desde el sintagma esencializador del título.

Un triángulo es una figura geométrica que acota con sus tres lados un espacio cerrado, en el que hemos de sentirnos circundados, enclaus-trados con la ausencia, un espacio enmurado que, tal vez, en el sueño podemos rebasar (es lo que ocurre en el epílogo, o cuarta parte del libro: ruptura virtual del cerrado triángulo). E Hilario Jiménez se atiene riguroso

a lo que le marca esa figura-emblema y hace de su libro un poemario en tres partes, con tres apartados en cada una de ellas, y dentro de cada uno el poema que mejor lo define y, a veces, otro segundo que es como su reflejo y complemento (al poeta le encantan los espejos, el pasadizo que nos lleva más que al otro a la faceta complementaria del mismo tú) y por ello uno de los poemas más elaborados de todo el libro es el que, tomando estribo en la tradición mítica y poética del siglo XX, recrea el suicidio de Narciso “a través del espejo”:

*El aliento se escarcha en este espejo
y el reflejo de mi cuerpo en ti
solo devuelve oscuras flores y sueños de suicidados.*

Pero entre todas las palabras claves y símbolos que despliega el poeta en su libro, me parece que la palma se la lleva el siempre rico y capaz de las flores –ya rozagantes, vitales, ya mustias, amortecidas– símbolo que desde el Renacimiento (y así se titula el segundo lado del Triángulo) ha sido brillante expresión de lo efímero de la carne y de la vida. Uno de los poemas que merecen destacarse del libro justamente juega con ese motivo, “Flores dormidas”, al lado de otros que invitan a la relectura, como “Mi pensamiento” (ya en la parte tercera) o el espléndido acorde final, suscitado por la cita de Pavese a que antes aludía:

*Tengo delante por fin tus ojos

pero abajo
en la distancia
distingo un rostro vacío
que llora mi despedida
ya para siempre.*

A las tres partes (más una) del libro le corresponden –en atinada correspondencia– cuatro bellos dibujos de Eduardo Naranjo: los tres primeros –bandada de pájaros, luna celada y perfil femenino tocado de rosas– se reúnen en una composición final (tres más uno) con una leyenda que esencializa el poemario: “amor y vacío”. Lleno de poesía, repleto de aciertos, nos llega este libro que honra la letra S mayúscula que le ha tocado en el índice de la colección “Abezetario”.